

## **En el corazón del regionalismo: la definición de la cultura popular\***

**No coração do regionalismo: a definição da cultura popular**

*Anne-Marie Thiesse\*\**

¿EL REGIONALISMO ES REACCIONARIO O PROGRESISTA? ¿Democrático o fascista? ¿Devoto a la conservación patrimonial o comprometido con la transformación social? ¿Particularista o universalista? Abundan ejemplos de cada una de estas proposiciones, que indican, entonces, que el regionalismo se presta a todas las calificaciones, aunque sean ellas aparentemente totalmente contradictorias. Frente a la imposibilidad de calificar al regionalismo por cualquier definición tomada prestada a las categorías usuales de la historia política y cultural, proponemos inicialmente a examinarlo a partir de un esquema que se basa en la oposición de una serie de términos.

**Capital / Centro / Ciudad / Cultura / Modernidad / Decadencia / Cosmopolitismo / Poder**

**Regiones / Periferia / Campo / Naturaleza / Autenticidad / Tradición / Nacional / Pueblo**

El regionalismo corresponde a los términos de la segunda serie, o más exactamente, a las múltiples y complejas oposiciones que pueden ser establecidas entre estos términos y aquellos de la primera serie. Sin intentar aquí enumerarlas, vamos a ilustrarlas reenviándolas a ocurrencias efectivas del regionalismo. La oposición capital / regiones, que es, se sabe, particularmente poderosa en el caso francés, es aquello que –in fine– sirve para resumir todas las otras, por el énfasis en el término regionalismo, bajo lo cual

---

\* “Au cœur du régionalisme: la définition de la culture populaire“: capítulo traducido del original en francés: THIESSE, Anne-Marie. *L'artiste et ses lieux. Les régionalismes de l'entre-deux-guerres face à la modernité*. Sous la direction de Denis Saint-Jacques. Québec: Éditions Nota bene, 2007 (Collection Convergences).

\*\* Directora de investigación del CNRS (Centro nacional de investigación científica – sigla en portugués), principal organismo público de investigación pluridisciplinar de Francia.

son sumisas todas las otras oposiciones. Opongamos *campo / naturaleza / autenticidad / tradición* a *ciudad / modernidad / decadencia*: aquí está el fundamento general de los discursos regionalistas que celebran las saludables virtudes de la ruralidad eterna contra las degeneraciones de un mundo urbano tomado por todas las corrupciones físicas y espirituales. En este momento, es posible descubrir un regionalismo innegablemente conservador en su desdén por una modernidad degradada, pero también un regionalismo más dinámico, que propone reencontrar aquello que él denuncia como una falsa cultura esclerosada y una tradición siempre fresca y fuente de renacimientos. Sumemos a esta primera opción básica, de un lado, el cosmopolitismo y, del otro, lo nacional: se obtiene la fórmula del regionalismo que ofrece soporte a las propagandas fascistas, que exalta los valores del campo y el retorno a la tierra contra las perniciosas influencias extranjeras. Si, por el contrario, acentuamos la oposición *periferia / centro*, tendremos, bajo sus múltiples inflexiones, las reivindicaciones de las culturas minoritarias contra la hegemonía del poder político y cultural. Pero son sobre todo las configuraciones que enfatizan particularmente la noción de pueblo a las que nos dedicaremos aquí, porque ellas testifican particularmente los principales usos del regionalismo durante la primera mitad del siglo XX.

Las formas de regionalismo que nutren una asociación estrecha entre el pueblo, la tradición y lo nacional desempeñan un papel fundamental en la historia ideológica y cultural del periodo. En realidad, esta estrecha conexión es nutrida mucho antes de la emergencia del regionalismo propiamente dicho, ya que la propia formación de las identidades nacionales, desde el final del siglo XVIII, la postula.

El pueblo es, en este contexto, concebido como un museo vivo de la nación, depositario, por sus tradiciones, de los valores y de la herencia nacional transmitida piamente a lo largo de los siglos. La cultura popular, ya que supuestamente venida del fondo de las eras, habría guardado y transmitido el precioso tesoro común, siendo preconcebida como fuente de inspiración para las culturas comunes modernas. El gran movimiento de colecta y valorización de las tradiciones, cantos y costumbres populares emprendido al final del siglo XVIII en Europa y amplificado a lo largo del siglo XIX, condujo a la constitución del folclore, término que designa al mismo tiempo la cultura popular tradicional y el saber específico aplicado a él. El regionalismo se inscribe en conformidad con esta construcción nacional, pues es en las provincias, en el pueblo rural, y no en las grandes capitales, que se supone siempre viva esta cultura original. De hecho, el frenesí de colecta de las tradiciones populares que se observa en toda Europa

durante el siglo XIX participa de la constitución de las culturas nacionales comunes, modernas, haciendo emerger características regionales. Las naciones modernas se representan, entonces, progresivamente, bajo la doble forma de la unidad y de la diversidad, siendo la cohesión proclamada por la virtud de la unión armoniosa de diversidades complementarias. Las villas etnográficas construidas en las secciones nacionales de las exposiciones internacionales, así como los grandes desfiles folclóricos, ilustran concretamente las representaciones de la nación como conjunto de culturas regionales. Pero la cultura popular que sirve de fundamento a las culturas comunes nacionales no es, sin embargo, precisamente la cultura viva del campesino real, esencialmente miserable y pronto a emigrar en dirección a las ciudades o al Nuevo Mundo. La cultura popular promovida es el producto de las invenciones de tradiciones o, al menos, de selecciones y nuevos órdenes de las costumbres rurales. Las sociedades del siglo XIX se transforman y diseñan su futuro referenciándose en el pasado, pero se trata de un arcaísmo *ad hoc*, concebido para desarrollarse y adaptarse a la modernidad. Los folcloristas invocan constantemente la necesidad de recoger y preservar las tradiciones ancestrales minadas por la modernidad, que van a desaparecer de modo inminente, pero ellos se dedican al resurgimiento creativo con el sentimiento de realizar una obra patriótica. Este activismo revitalizador entra en una nueva fase al final del siglo XIX, cuando las identidades nacionales ya están esencialmente construidas. Al inicio, porque surge inmediatamente el tema de la decadencia, que parece deber aniquilar las naciones formadas con tanta dificultad. Los movimientos regionalistas que se organizan precisamente en esta época (la Federación regionalista francesa fue creada en 1900; los *Heimabewegungen*<sup>1</sup> de los países germánicos, en el mismo momento) erigen lo regional en lugar por excelencia del genio original todavía preservado y de la naturaleza como fuente viva de regeneración para la cultura nacional. Además de esto, se coloca en este periodo la gran cuestión de la integración general en la comunidad nacional de la totalidad de la población, o sea, el pueblo, en el sentido social. ¿Cómo aculturar la cultura nacional, hacer entrar dentro de una comunidad trans-clasista un pueblo cuya cultura viva, real, significa justamente un problema? El proletariado urbano, más específicamente, parece doblemente peligroso, ya que sujeto al mismo tiempo a contestar la desigualdad social y económica, lanzándose al internacionalismo revolucionario y a profundizar con placer en la degradación de una cultura de masa en

---

<sup>1</sup> Movimientos nativistas. En alemán en el original. (Nota del traductor)

pleno crecimiento. El pueblo del campo, y particularmente su componente femenino, parece inclinado a ceder a los llamamientos encantadores de la ciudad. Una de las grandes misiones rápidamente aseguradas por el regionalismo es la educación del pueblo, que se trata de iniciar en las alegrías sanas de la cultura popular; entendamos bien, en su versión folclórica. Operaciones siempre más numerosas van a ser emprendidas, en un contexto escolar y para – escolar, a fin de desarrollar en el pueblo, y notoriamente en la juventud, el amor y la práctica de las tradiciones regionales. La asociación del Renacimiento provincial, fundada en 1906 bajo la presidencia de honra de André Theuriet y Vincent d'Indy, propone, de este modo:

Hacer revivir por todo tipo de manifestación las obras de arte, cantos, danzas, costumbres, tradiciones, así como la literatura, de nuestras provincias francesas. [...] El objetivo de esta iniciativa eminentemente francesa y de tan gran oportunidad, que interesa particularmente a la juventud y a los medios populares, es ofrecer sesiones a precios reducidos a fin de facilitar a todos el espectáculo. [...] Exaltando frente al pueblo el genio distintivo de cada una de nuestras provincias, nosotros pensamos despertar las energías locales, hacerlas volver a la pureza del gusto francés y salvaguardar así la fuerza y la belleza nacionales.<sup>2</sup>

Por otro lado, la estandarización y la industrialización de la producción, la internacionalización creciente de los intercambios, hacen aparecer la necesidad de concebir estrategias de competencia. Ya que la producción industrial alimenta el consumo en masa, productos de valor específico presentan un fuerte interés para la conquista de segmentos del mercado. Producciones que pueden jactarse de la plusvalía de la autenticidad ofrecida por la referencia a la tradición y a las artesanías despiertan, a partir de entonces, un fuerte interés.

El fortalecimiento del regionalismo, a partir de 1900, acompaña un proceso de transformación social y económica que no para de ampliarse. Las innovaciones usuales a la necesidad de preservar la cultura popular tradicional (que se traducen también por numerosas creaciones museográficas) se hacen acompañar cada vez más de convocatorias para que sea concebida una adaptación de la tradición a la modernidad y un enriquecimiento de la modernidad a través del recurso a las fuentes de la tradición. Las artes aplicadas, la arquitectura, pero también la fabricación industrial son, así, invitadas a encontrar una inspiración en las culturas regionales, referidas a una cultura popular que se hace más prestigiosa a la medida que contrasta con aquella del pueblo

---

<sup>2</sup> *La Renaissance provinciale*, n°1, jun 1906.

real, progresivamente comprometido en el consumo de productos de masa. Los diversos prolongamientos del movimiento *Arts and Crafts* son, así, cada vez más marcados por el sello del regionalismo. Las tradiciones regionales, constantemente mejoradas, desempeñan un papel fundamental en la promoción y en el desarrollo del turismo, en pleno florecimiento, y que se dirige a un público deseoso de consumir lo popular mejorado en pintoresco. La Italia de Mussolini lanza, en este sentido, grandes operaciones de valorización espectacular de fiestas y tradiciones populares para desarrollar su potencial turístico.<sup>3</sup> En Francia, más particularmente, la promoción agrícola se apoya fuertemente en la referencia a las culturas regionales (notablemente con la creación de todas las piezas de un folclore vitícola en Borgoña, en los años 30, que bebe en la fuente del reavivamiento regionalista)<sup>4</sup>.

El folclorismo regionalista, por otro lado, es ampliamente reconocido como un medio eficaz de trabajar para la cohesión social, bloqueando los efectos, unánimemente juzgados como negativos, de la cultura de masa y de la industria del ocio. El movimiento *Kraft durch Freud*<sup>5</sup> de la Alemania nazi, el *Dopolavoro*<sup>6</sup> fascista, que monopolizan la organización del ocio, organizan diversas manifestaciones folclóricas y multiplican las creaciones dentro de las iniciativas de grupos de canto y danzas tradicionales. Pero esta utilización de la cultura tradicional para el ocio de las clases populares no envuelve apenas a los países totalitarios. La Oficina internacional del trabajo (*Bureau International du Travail*) emprende estudios, en los años 1930, sobre el asunto, en la perspectiva de los intercambios internacionales. El regionalismo aparece como un soporte festivo de comunión internacional entre los pueblos. En 1936, en el estadio olímpico de Berlín, una gran fiesta folclórico internacional, con muchos grupos regionales, de los bailarines *du Marais* vendeano, al coro campesino de la Celandia, pasando por el grupo coreográfico de Bergen y, ciertamente, por numerosas formaciones alemanas, cerró alegremente el Congreso internacional del ocio, abierto por Rudolf Hess. El tema principal de este congreso: la organización de los ocios de los trabajadores en relación con la educación popular y con el desarrollo de fuerzas productivas. Del otro lado del Rin, y del espectro político, en la Francia del Frente

<sup>3</sup> Cf. CAVAZZA, Stefano; PATRIE, Piccole. *Piccole patrie (petites patries)*. Feste popolari tra regione e nazione durante il fascismo. Bologna: Il Mulino, 1997.

<sup>4</sup> Cf. LAFERTÉ, Gilles. *Folklore savant et folklore commercial: reconstruire la qualité des vins de Bourgogne. Une sociologie économique de l'image régionale dans l'entre-deux-guerres*, Tesis (Doctorado). Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris, 2002.

<sup>5</sup> En alemán en el original. En portugués : «fuerza por la alegría» (Nota del traductor)

<sup>6</sup> En italiano en el original. Centro de actividades recreativas y culturales para trabajadores en su tiempo libre. (Nota del traductor)

Popular, se inauguró en París, en 1937, la Exposición internacional de las artes y de las técnicas (*Exposition Internationale des Arts et des Techniques*). La sección francesa estaba allí representada notoriamente por un Centro regional compuesto por 27 pabellones que debían, según las presentaciones oficiales, encarnar por su concepción arquitectónica la simbiosis entre la tradición regional y la modernidad; en su conjunto, ellos supuestamente simbolizaban la unión de todos los franceses en su diversidad. En el mismo año fue creado en París el Museo nacional de las artes y las tradiciones populares (*Musée national des Arts et Traditions Populaires*). Nación, tradición, modernidad: están bien aquí, por lo tanto, las referencias del regionalismo. Todavía en 1937, aconteció también en París, el Congreso internacional de folclore, apoyado por los grandes intelectuales de la República, que tuvo dos secciones comunes con la Federación regionalista francesa. Las cuestiones abordadas en estas secciones hablaban al respecto del folclore aplicado, o sea: “arte popular y artesanía, folclore y ocio (en particular museos al aire libre, albergues de la juventud, corales populares, juegos deportivos, folclore y regionalismo, literatura y arquitectura en sus relaciones con el folclore)”.

Una gran fiesta de las provincias francesas, en el ámbito del Centro regional, cerró este doble congreso. En 1938, la Liga francesa de enseñanza, organización laica y gran animadora de las obras escolares y para-escolares, publicó un panfleto titulado “el folclore aplicado a la educación”. El autor se diferenciaba vigorosamente de todo pensamiento reaccionario:

Los que hacen un trabajo retrógrado, obra de retrógrado, de reaccionarios, son las personas que conocen mal la fecundidad del genio popular y la belleza de sus producciones. [...] Nos es suficiente, por señal, mirar alrededor para constatar que aquellos que predicán la utilización del folclore en la educación son precisamente aquellos que están en la vanguardia del pensamiento y de la acción.

En defensa del valor eminentemente democrático y modernista del folclore, el autor invocaba a “los operarios que gracias a la ley de las 40 horas hacen revivir las fiestas de Carnaval y a todos los jóvenes que de vacaciones en el campo cantan, cuentan, hacen actividades manuales, inspirándose en los recursos de este folclore, viejo como el mundo y, como él, eternamente joven”.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> DELARUE, Paul. Le Folklore appliqué à l'éducation, un plan de travail, in *L'Action Laïque confédérale*, n° 54, Ligue française de l'enseignement, París, 1938, p. 2-3.

El regionalismo desempeña, sin embargo, también una función simultánea de contestación al orden social. No vamos a extendernos aquí sobre las reivindicaciones irredentistas o seccionistas, diversas e intensas en el periodo entre – guerras, que demandan la incorporación de una región a un Estado diferente a aquel del que ellas dependen o al que le reclaman su independencia. Más generalmente, el regionalismo puede acentuar la relación centro / periferia, tratándola como una relación dominantes / dominados y aplicándola a sectores diferentes del espacio social. Por eso, las relaciones trans-clasistas son establecidas por una forma de homología de situación. Intelectuales y artistas de provincia pueden ser, así, llevados a atribuir su situación de inferioridad en un campo cultural altamente competitivo a su origen regional y a su apartamiento inicial de las redes de poder. La estrategia entonces disponible es la de cambiar los términos de la situación, buscando apoyo en el crédito del que se beneficia lo regional como receptáculo de la auténtica cultura nacional. Insistiendo fuertemente en la degeneración del centro, ellos se declaran los únicos verdaderos portadores de una cultura viva, porque está apoyada en el genio popular. Contra una cultura de elite, donde el acceso al reconocimiento les es y se ponen como representantes de los socialmente dominados. La lógica es todavía más eficaz, a medida que se inscribe en una estrategia de grupo trans-regional. Es notable que se observe los posicionamientos de este tipo dentro de los contextos nacionales donde el centralismo político y cultural no tienen la misma potencia: el regionalismo literario francés de la Tercera República tiene, así, su correspondiente *Heimatkunstabewegung*<sup>8</sup> en la Alemania Guillermina, en la República de Weimar. Escritores de la Suiza francófona o de Bélgica, en situación particularmente grave de inferioridad en el campo cultural francés, retomaron por su propia cuenta esta calificación de regionalistas. Este regionalismo cultural mezcla de forma indistinta –su éxito depende de esto– la presentación bastante consensuada de la cultura popular en su versión folclórica y una representación bastante más realista, eventualmente crítica, de la vida rural y de las tradiciones regionales. Por otro lado, es necesario subrayar, el regionalismo constituye, a partir de los años 1900, el lugar por excelencia de la representación del Pueblo, ausente o visto de muy lejos en la cultura de elite; él prolonga de ese modo las corrientes realistas y naturalistas del siglo XIX. Se trata, ciertamente, del pueblo rural, pero la representación del pueblo operario y del mundo industrial continúa esencialmente un inconveniente estético de la producción literaria y

---

<sup>8</sup> En alemán en el original. En portugués: movimiento de arte nativo. (Nota del traductor)

artística moderna. Y es, de hecho, en la producción regionalista que van a ser encontrados los intentos, más o menos intensos, de formación de la cultura popular viva, a veces hasta incluso atentas a los cambios en curso. La literatura regionalista, así, es uno de los primeros lugares de experimentación escrita de la oralidad popular en sus características de vocabulario o, más raramente, de sintaxis.

Se relacionan, entonces, al regionalismo la consolidación del orden social y la contestación de su jerarquía cultural, la celebración del particularismo y la inserción en lo nacional –e incluso, el universal-, las exhortaciones a la preservación del pasado y los intentos de organizar el cambio, la exaltación de la tradición perenne y su perpetua reinención: allí reside su fuerza y su fragilidad. El regionalismo desempeña un papel fundamental en la primera mitad del siglo XX, porque, prologando el nacionalismo, intenta resolver algunas de las consecuencias de él. Pero su gran plasticidad ideológica resultó que, después de la Segunda Guerra Mundial, él fuese asimilado a las utilidades que de él hicieron los regímenes nacistas y fascistas, lanzándolo por un largo periodo en descrédito.

## Referencias

CAVAZZA, Stefano; PATRIE, Piccole. *Piccole patrie (petites patries)*. Feste popolari tra regione e nazione durante il fascismo. Bologna: Il Mulino, 1997

DELARUE, Paul. Le Folklore appliqué à l'éducation, un plan de travail, in, *L'Action Laïque confédérale*, n° 54, Ligue française de l'enseignement, París, 1938.

LAFERTÉ, Gilles. *Folklore savant et folklore commercial: reconstruire la qualité des vins de Bourgogne. Une sociologie économique de l'image régionale dans l'entre-deux-guerres*, Tese (Doutorado). Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, 2002.

*La Renaissance provinciale*, n°1, junio de 1906.